

“Los herederos”: Hacia una crítica benjaminiana de la infancia

Rita Guidarelli Mattioli Gutiérrez¹

En el año 2008, se exhibió por primera vez en festivales y salas cinematográficas un documental mexicano que lleva por nombre “Los herederos” (Polgovsky, 2008). Ganador de múltiples premios y reconocimientos, retrata una sola jornada en la vida de un grupo de niñas y niños que, día tras día, deben trabajar para sobrevivir.

Originarios del campo mexicano, algunos de estos pequeños laboran en tareas agrícolas, ya sea sembrando las tierras propias o cosechando los frutos de grandes terratenientes. Otros se hacen cargo de los animales pertenecientes a la familia, alimentándolos con granos y restos de comida y basura, o bien llevándolos a pastar a las montañas cercanas. Hay niñas que ayudan con el trabajo en los telares y muchachos, tan sólo un poco mayores, que fabrican ladrillos. Algunos más cortan leña o tallan alebrijes en trozos de madera; y otros, sobre todo en el caso de las niñas, ayudan con las tareas de la casa y se hacen cargo del cuidado de sus hermanos.

Aunque sus actividades son variadas, todos estos chicos tienen algo en común. Según dicta la sinopsis oficial de la película, “al heredar las herramientas y técnicas de sus ancestros, estos niños también han heredado la miseria. Generación tras generación, permanecen cautivos en un ciclo de pobreza heredada” (Programa Ibermedia).

Así descrita, en términos que debemos llamar “empíricos”, ¿qué interés podría tener la vida de estos pequeños para la filosofía? ¿Acaso no se ocupa ésta de ideas y conceptos en su forma más pura? ¿No es lo propio de ella permanecer en el nivel de la abstracción y formular, para pensarlas de manera abierta, preguntas consideradas teóricamente relevantes?

La teoría crítica, heredera – valga la repetición – *crítica* de la filosofía moderna, el psicoanálisis y el materialismo histórico, es un campo fecundo de pensamiento para plantearse interrogantes que, sin abandonar el horizonte de lo teórico y la discusión conceptual, toman en cuenta la experiencia de los sujetos históricos para seguir reflexionando. No se trata de individuos particulares – aunque sí, también se trata de ellos –, sino de esclarecer, de poner ante los ojos, las estructuras conceptuales y las relaciones sociales prevalecientes en una imagen del mundo que parece no tener fin.

¿Cuáles son las alternativas para estos niños del campo mexicano? ¿Hay salida del sistema de producción capitalista que hace ya muchos años describió Marx y que nos tiene a todos sometidos ante su voracidad? ¿Será, como dicen algunos, que el trabajo infantil que aquí se muestra sólo debe entenderse como explotación en el

¹ Universidad Autónoma de México
E-mail: ritaguidarelli@gmail.com

contexto del capitalismo y que, fuera de él, se trata más bien de cooperación familiar o comunitaria? (Marx, 1979).

En nuestra búsqueda de posibilidades, en lo que sigue intentaremos pensar la infancia, tomando como punto de partida la película antedicha, con base en las reflexiones de Walter Benjamin en torno a asuntos vinculados con los niños. De igual manera, intentaremos mostrar que, desde la perspectiva benjaminiana, la infancia es un tema de profundo interés filosófico. En sí mismo, sin duda, pero también en relación con el proyecto que busca construir un concepto de historia distinto de aquel fundamentado en la noción de progreso.

Detengámonos pues, para empezar, en el título de la obra, que hemos retomado para nombrar también este texto: “Los herederos”. ¿Quiénes son los herederos? ¿Qué es heredar? ¿Qué es, en todo caso, la herencia?

El *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española define el término “herencia”, proveniente del latín *haerentia*, como:

1. Derecho de heredar; 2. Conjunto de bienes, derechos y obligaciones que, al morir alguien, son transmisibles a sus herederos o a sus legatarios; 3. Rasgo o rasgos morales, científicos, ideológicos, etc., que, habiendo caracterizado a alguien, continúan advirtiéndose en sus descendientes o continuadores; 4. Rasgos o circunstancias de índole cultural, social, económica, etc., que influyen en un momento histórico procedentes de otros momentos anteriores; 5. [en términos biológicos] Conjunto de caracteres que los seres vivos reciben de los progenitores. (Real Academia Española, 2001: 1199-1200)

Con base en esta definición de herencia, podemos concluir que los herederos son aquellas personas que, por línea de descendencia, “reciben” de sus antepasados una serie de rasgos de diversa índole: características físico-biológicas; ideas, sentimientos y concepciones morales; costumbres y marcos culturales que orientan su modo de pensar, habitar e interpretar el mundo; objetos y posesiones que, generación tras generación, pasan de mano en mano.

Si pensamos a los niños protagonistas del documental como herederos en este sentido, estaríamos diciendo que, así como han heredado los ojos, la boca o el cabello de sus madres y padres, así también heredaron, junto con gustos, costumbres y oficios, sus condiciones materiales de vida. Sin posibilidades claras de transformación, parecerían no tener más alternativa que reproducirlas. De esa forma, estos niños, en su carácter de herederos, estarían condenados a repetir, sin más opción, la historia de las generaciones previas.

Pero si, en cambio, quisiéramos pensarlos desde otro punto de vista, ampliando su horizonte de posibilidades, podríamos echar mano de uno de los textos que, en torno a la infancia, escribió Walter Benjamin. Se trata de un breve artículo titulado “Una pedagogía comunista”, escrito en 1929, después del encuentro de nuestro pensador con la filosofía marxista y marxiana, según distinguen algunos. En dicho artículo, que funge como una especie de reseña o crítica de un libro sobre la educación proletaria, Benjamin dice lo siguiente: “La burguesía ve en su prole al heredero; los desheredados ven en la suya auxiliares, vengadores, liberadores” (Benjamin, 1989: 110).

Esta idea entra en contacto, a nuestro juicio, con una de las sentencias más conocidas de toda la obra benjaminiana, prefigurándola; aquella que, en la tesis II *Sobre el concepto de historia*, se refiere al encuentro de generaciones:

[...] un secreto compromiso de encuentro está entonces vigente entre las generaciones del pasado y la nuestra. Es decir: *éramos esperados sobre la tierra*². También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica a la que el pasado tiene derecho de dirigir sus reclamos. (Benjamin, 2008: 37)

Con base en estas palabras podemos decir que no se trata, en el pensamiento benjaminiano, de buscar la redención de las generaciones futuras, sino de nutrirse, en palabras del filósofo judeoalemán, “de la imagen de los antepasados esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados” (Benjamin, 2008: 49). No son, por tanto, propiamente los niños quienes, en opinión de Benjamin, necesitan a los adultos, como pretende la pedagogía que en el primer texto citado llama “burguesa”, y que tiene por lema: “los niños nos necesitan más que nosotros a ellos” (Benjamin, 1989: 109-110). En contraste, desde su punto de vista, somos nosotros, los adultos, y aún más las generaciones ya idas, quienes necesitan –necesitamos– a los niños. Pues del mismo modo que a nosotros nos ha sido dada esa débil fuerza mesiánica, que podría permitirnos hacer justicia a injusticias pasadas, así mismo a los niños se les ha conferido su propia fuerza, también débil, para redimir lo que no hemos podido rescatar.

Así lo expresa Benjamin en un fragmento en torno al concepto de historia, que no forma parte del borrador enviado a Gretel Adorno:

Si hay una generación que debe saberlo es la nuestra: lo que podemos esperar de los que vendrán no es que nos agradezcan por nuestras grandes acciones sino que se acuerden de nosotros, que fuimos abatidos. La revolución rusa sabía de esto. La consigna “¡Sin gloria para el vencedor, sin compasión con el vencido!” es radical porque expresa una solidaridad que es mayor con los hermanos muertos que con los herederos. (Benjamin, 2008: 49)

¡Qué gran responsabilidad pesa ahora, desde nuestra lectura de estos fragmentos, sobre aquellos niños! De herederos, en el sentido de continuadores, han pasado a ser actores de la redención de las múltiples, casi infinitas – por incontables –, injusticias a las que sus antepasados y ellos mismos han sido sometidos – y siguen siéndolo – sin pausa. Para tenerlo claro, basta tener en mente otras palabras de Benjamin; ésas que nos recuerdan que “tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (Benjamin, 2008: 40).

La fuerza mesiánica, de por sí tenue, parece debilitarse todavía más si la depositamos en estas niñas y estos niños que, en medio de la opresión, no encuentran fácilmente alternativas. ¿No es algo así lo que nos dice el sistema cuando desaparecen jóvenes estudiantes que, intentando construir otro presente para sus comunidades de origen, buscan formarse como maestros rurales? ¿No es eso lo que repiten los agentes del gobierno mexicano al negarse a indagar, o a informar lo que ya saben, sobre lo que en realidad ocurrió el 26 de septiembre de 2014 en la ciudad de Iguala, Guerrero?

¿Qué pueden hacer los niños? ¿Qué podría haber en la infancia que permita oponerse a esta concepción de la historia? La cual muestra los hechos y sus “verdades históricas” como inevitables, irreversibles, continuas y, sobre todo, tendientes al progreso.

² Las cursivas son nuestras.

Leyendo las reflexiones de Benjamin en torno al concepto de historia, nos encontramos con una propuesta metodológica que busca romper con la idea del tiempo que sustenta dicha visión:

En el fundamento de la historiografía materialista hay [...] un principio constructivo. Propio del pensar no es sólo el movimiento de las ideas sino igualmente su detención. Cuando el pensar para de golpe en medio de una constelación saturada de tensiones, provoca en ella un shock que la hace cristalizar como mónada. El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente allí donde éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una detención mesiánica del acaecer o, dicho de otra manera, de una oportunidad revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. (Benjamin, 2008: 54-55)

Si pretende encontrar estas cristalizaciones en las que *lo sido* entra en una relación constelar con *el ahora*, al materialista histórico se le presenta una tarea única: “cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2008: 43). De lo que se trata es de abrir, a contraflujo, el camino trazado por la historia lineal (homogénea y vacía, como su tiempo) para encontrar los restos de acontecimientos que, siguiendo la lógica del discurso oficialista, han quedado – o deben permanecer – en el olvido.

Tal es el modo de actuar de Benjamin como filósofo, y tal es también su modo en tanto traperero, pescador de perlas y coleccionista (Mate, 2009; Arendt, cit. en Benjamin, 2007; Rabinovich, 2007). Mas ése es también, de alguna forma, el modo de actuar de los niños. ¿O es que no hacen algo similar los chicos cuando juegan? ¿Acaso no descubren entre los escombros, residuos y fragmentos, materiales para construir su propio mundo lúdico? ¿No se sienten atraídos por objetos que, con el paso del tiempo, han perdido su utilidad y valor para los fines de la historia entendida como progreso?

En “Terreno en construcción”, uno de esos aforismos o imágenes mentales que conforman *Dirección única*, encontramos el siguiente fragmento:

[...] los niños tienden de modo muy particular a frecuentar cualquier sitio donde se trabaje a ojos vistas con las cosas. Se sienten irresistiblemente atraídos por los desechos provenientes de la construcción, jardinería, labores domésticas y de costura o carpintería. En los productos residuales reconocen el rostro que el mundo de los objetos les vuelve precisamente, y sólo, a ellos. Los utilizan no tanto para reproducir las obras de los adultos, como para relacionar entre sí, de manera nueva y caprichosa, materiales de muy diverso tipo, gracias a lo que con ellos elaboran en sus juegos. Los mismos niños se construyen así su propio mundo objetual, un mundo pequeño dentro del grande. (Benjamin, 1988: 25)

Aquí encuentra asidero el interés benjaminiano en los temas de infancia. Explorado explícitamente a partir de 1918, tras el nacimiento de su hijo Stefan, el gusto de Walter Benjamin por los asuntos vinculados con la experiencia que del mundo hacen los niños lo acompañó, de ahí en adelante, hasta el final de su vida. El juego, los cuentos de hadas, los libros infantiles, los recuerdos de infancia y otras figuras de la niñez son traídos a cuento reiteradamente a lo largo de su obra. Pues la mirada infantil se muestra a ojos de Walter Benjamin, o al menos así ocurre desde nuestra lectura, como una mirada cercana a la del historiador materialista. Aquél que en las

tesis sobre el concepto de historia, en palabras de Benjamin, “aprehende la constelación en la que ha entrado su propia época con una muy determinada época anterior. Funda de esta manera un concepto del presente como ese ‘tiempo de ahora’ en el que están incrustadas astillas del tiempo mesiánico” (Benjamin, 2008: 58).

Algo similar, pensamos, ocurre en el juego de los niños, lo mismo que en una de sus formas predilectas: el coleccionismo, uno de tantos recursos que, a juicio de Benjamin, están a la mano de los niños para renovar lo antiguo (Benjamin, 1992: 105). Y es esta cercanía entre el historiador materialista, el coleccionista y la infancia la que nos permite cerrar nuestro texto con una idea distinta de la herencia, que aparece en un hermoso discurso sobre el arte de coleccionar cuyo nombre es “Desembalo mi biblioteca”:

La herencia es en realidad la forma más convincente de formar una colección. Porque la actitud del coleccionista frente a sus libros surge del sentimiento de responsabilidad que liga al propietario con su dominio, siendo, por lo tanto, en el más alto sentido, la actitud del heredero. (Benjamin, 1992: 114).

Así pues, los herederos no son, desde la crítica benjaminiana, meros reproductores mecánicos de historias antiguas; sino que son, en contraste, o pueden llegar a serlo, quienes asumen su responsabilidad con las generaciones pasadas con la mirada de un adulto-niño, presta a reconocer en las ruinas de lo sido posibilidades para un presente renovado.

4. Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2007). Introducción a Walter Benjamin. En W. Benjamin, *Conceptos de filosofía de la historia* (pp. 7-63). Buenos Aires: Terramar.
- Benjamin, W. (1988). *Dirección única*. Madrid: Alfaguara.
- Benjamin, W. (1989). Una pedagogía comunista. En W. Benjamin, *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes* (pp. 109-112). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Benjamin, W. (1992). Desembalo mi biblioteca. Un discurso sobre el arte de coleccionar. En W. Benjamin, *Cuadros de un pensamiento* (pp. 105-118). Buenos Aires: Imago Mundi.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca-UNAM.
- Marx, K. (1979). La jornada laboral. En K. Marx. *El capital. Crítica de la economía política I.1.* (pp. 277-365). México: Siglo XXI.
- Mate, R. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*. Madrid: Trotta.
- Polgovsky, E. (2008). *Los herederos*. México: Tecolote Films.
- Programa Ibermedia. Los herederos (en línea). <http://www.programaibermedia.com/ibermediatv/los-herederos/>, acceso 24 de marzo de 2017.
- Real Academia Española. (2001). Herencia. En *Diccionario de la lengua española II* (pp. 1199-1200). Madrid: Espasa Calpe
- Rabinovich, S. (2007). Walter Benjamin: el coleccionismo como gesto filosófico. *Acta Poética*, 28(1-2), 241-256.